

## EL ROSTRO DEL AYATOLLAH

**M**E está pareciendo que la fascinación que está ejerciendo la situación del Irán debe mucho a la persona que la caracteriza: el ayatollah Jomeini. Si fuera así, sería peligroso. Sobre todo en España donde todos llevamos dentro un ayatollah dormido: intransigente, fanático, colérico y profético. A veces, salta, y salta donde menos se espera. Ionesco vio de pronto la metamorfosis de sus contemporáneos en rinocerontes y suscitó teatralmente, y en un momento oportuno, algo que los filósofos conservadores estaban presintiendo con terror: la masificación, la aparición del hombre-masa. Pero quizá no estaba más que a la mitad del problema. Ver crecer en el semejante el cuerno del rinoceronte y oírle bramar, y pensar que uno está al borde de lo mismo, es la mitad de aterrador que ver cómo crece en nuestro interlocutor la barba profética de Jomeini, el turbante de la guerra santa, la mirada rígida y perdida en el horizonte, atravesándole a uno y sin importarle el razonamiento.

Y todavía sigue sin percibirse más que la mitad del terror, porque la mitad que falta es la de verse uno mismo considerado por los demás como un ayatollah, el miedo a asomarse al espejo una mañana y verse crecer barba y turbante. Quizá queden unos minutos de lucidez para poderse decir: "Ya me han convertido en lo que yo más temía, ya han hecho de mí la imagen del fanatismo". Después, quizá no quede más que el odio. Que, como los buenos psicoanalistas saben, es sobre todo una proyección hacia fuera del odio que se pueda tener uno a sí mismo.

La vuelta a los profetas coléricos, a los milenaristas, a los hombres de Dios podría ser un síntoma de regreso de nuestro tiempo. Habíamos quedado en que los hombres fundamentales estaban siendo borrados de la gobernación del planeta, y en que quedaban atrás los Hitler y los Stalin, los predicadores de la Santa Cruzada o de la guerra santa. Habíamos supuesto que todo ello era un progreso, y que los rostros grises de las direcciones colegiadas eran una abstracción de la voluntad colectiva. Un triunfo sobre la Edad Media, tan próxima. Sobre las hogueras de la Inquisición, sobre las cámaras de gas, sobre la intolerancia de unos con otros. Habíamos quedado en ello, quizá, demasiado pronto. Las direcciones grises y los presidentes cuatrienales, en realidad, podrían seguir enviando a la gente a la hoguera, o a la asepsia del paredón. El terrorismo no tiene el rostro del hombre fundamental, no tiene ningún rostro: es apenas la voz lejana que reivindica por teléfono el acto criminal. Estábamos más decididos a morir sin ver el rostro de quien nos mata, o viendo un rostro amable y sonriente de gran político a quien no tiembla la mano a la hora de enviar gente a la muerte, casi ennoblecido por el alto sentido del deber.

Verle de nuevo el rostro al enemigo, colocar sobre su cara el turbante verde de los descendientes de Alá, ver asomar las barbas de Jomeini, nos produce un nuevo terror. Verlo en el vecino o en el tenido por amigo y compañero es una de las experiencias más seguras para caer en la paranoia.

Y saber que se cierran las alternativas y que los profetas de la cólera no nos dejan más salida que su rostro de guerra santa o el rostro del Sha, puede hacer una pintura siniestra del mundo en estos momentos.

Con la esperanza, al fin, de que todo ello no sea más que, como diría Fernández Flórez, visiones de neurastenia. Es mucho más tranquilizador creer que uno está neurasténico y paranoico a creer que la realidad tiene un rostro de ayatollah.

**POZUELO**

## IRAN

med al-Muntazar desapareció en torno al año 873, y todavía se aguarda su regreso.

Esa secta es la que encabeza ese ulama de setenta y ocho años, que desde su exilio en Neauphle-le-Château, localidad próxima a París, ha teledirigido la caída del Sha. El mismo hombre que en 1963 se enfrentó ya a la llamada "revolución blanca" de Reza Pahlevi porque iba contra las leyes del Islam y porque colocaba al país en manos de los yanquis. El violento sermón pronunciado entonces por Jomeini motivaría su arresto y posterior expulsión del Irán. No sin que antes varios millares de seguidores del ayatollah, que se habían manifestado contra su detención, cayeran acribillados por el Ejército.

Una vez cruzada la frontera, el ayatollah se estableció primero en Irak, país que en aquel momento tenía serias diferencias con el Irán por el apoyo que el Gobierno del Sha prestaba a los rebeldes curdos. Tímido, sin embargo, el Gobierno de Bagdad, de mayoría sunita, del predicamento del ayatollah entre el 40 por 100 chiita de la población irakí, acabaría también expulsándolo en octubre del año pasado. Fue entonces cuando Jomeini se estableció en las proximidades de la capital francesa para desde allí lanzar sus llamamientos a la población del Irán contra la dinastía del Sha y a favor de la implantación en su país de una República Islámica.

Estos días, la prensa occidental ha publicado extractos de un libro que contiene las lecciones pronunciadas por Jomeini durante su exilio irakí, en la Universidad Teológica de Nadshaj. He aquí algunos párrafos, ciertamente sacados de su contexto, pero que pueden servir, pese a todo, para hacerse una idea de cómo concibe el ayatollah un Gobierno inspirado en las leyes invariables de Alá:

"Ni las leyes del bloque oriental ni las del bloque occidental posibilitaron por sí solas el alunizaje del hombre —puede leerse en 'El gobierno islámico'—. Son leyes antagónicas. Por mí pueden (los occidentales o los orientales) aterrizar en Venus. A mis ojos, unos y otros están atrasados porque son incapaces, en sus sociedades, de llevar a su cumplimiento las virtudes morales. Sus conquistas materiales han ido siempre en detrimento del progreso espiritual".

En el mismo libro, Jomeini afirma también: "En el gobierno islámico no caben las opiniones propias ni tampoco los sentimientos individuales. El profeta, el Imán y los hombres se someten, por el contrario, a la voluntad de Dios y de sus leyes". "Queremos un gobernante que sea capaz de cortar la mano a su propio hijo si éste es un ladrón, capaz de azotar o apedrear a sus allegados si han cometido alguna impureza".

¿Simples metáforas? Seguramente no. Estos castigos ejemplares son moneda corriente en otros países islámicos tenidos muchas veces por progresistas. Claro que las categorías de "reaccionario" o "progresista" presuponen muchas veces un sistema de valores inaplicables al mundo islámico.

Sea como fuere, lo cierto es que muchos países de la zona —y no sólo los emiratos del petróleo, sino también Israel y la URSS hubiesen preferido seguramente que continuase la tiranía del Sha a un régimen como el que parece anunciarse. En el caso de Israel, porque Jomeini es un antisionista declarado que ve en los judíos una fuerza oscura que intenta dominar el mundo. La URSS, porque teme que el ejemplo del nacionalismo islámico prenda un día en sus extensas y populosas Repúblicas asiáticas. ■  
**JOAQUIN RABAGO.**

